

Confluencias barrocas

Los pliegues de la modernidad en América Latina

León Felipe Barrón Rosas
Víctor Hugo Pacheco Chávez (eds.)

ALMENARA



LEÓN FELIPE BARRÓN ROSAS | VÍCTOR HUGO PACHECO CHÁVEZ
De pliegues y confluencias barrocas 7

EL DESBORDE ANTILLANO

LUCIANA SALAZAR PLATA
Glissant y el barroco: ese algo que no cesa 25

EDITH AURORA REBOLLEDO GARRIDO
Hacia una óptica barroca en la novelística de Jacques Stephen
Alexis. 37

LA OBLITERACIÓN BARROCA

FRANCISCO ERASMO LÓPEZ ORTEGA
La poética de Plutón o los inicios del neobarroco. 57

LEÓN FELIPE BARRÓN ROSAS
El travestismo y el descentramiento del sujeto
en *Cobra y Colibrí* de Severo Sarduy 75

| | |
|--|-----|
| GABRIELA GONZÁLEZ ORTUÑO | |
| Del dolor a la disidencia en la expresión neobarrosa de Néstor Perlongher | 93 |
| BORIS BADÍA | |
| El neobarroco kozeriano: la más espantosa de las entelequias | 113 |
| DIANA RODRÍGUEZ VÉRTIZ | |
| El tiempo barroco en la poesía de Olga Orozco | 123 |
| OSCAR ARIEL CABEZAS | |
| El barroco como imagen poética en el cine de Raúl Ruiz. | 145 |
| VÍCTOR HUGO PACHECO CHÁVEZ | |
| Habitar el sueño | 161 |

EL *ETHOS* BARROCO Y EL DESPLIEGUE MODERNO/CAPITALISTA

| | |
|--|-----|
| JOSÉ GUADALUPE GANDARILLA SALGADO | |
| Bolívar Echeverría sobre la política y la estética. Lo bello del darse Forma en tanto «mímesis festiva» | 183 |
| ÁNGEL OCTAVIO ÁLVAREZ SOLÍS | |
| Barroco, casticismo, emancipación | 213 |
| MARCELA LANDAZÁBAL MORA | |
| <i>Ultramarina</i> : experiencias de espacio y tiempo <i>no barrocas</i> en América Latina | 227 |
| ALEJANDRO FERNANDO GONZÁLEZ FERNÁNDEZ | |
| Bolívar Echeverría: el siglo XVI americano y la sub-stancia modernidad | 263 |

DE PLIEGUES Y CONFLUENCIAS BARROCAS

León Felipe Barrón Rosas
Víctor Hugo Pacheco Chávez

Los retornos del barroco nos dan cuenta de su posibilidad de actualización. Ahora ha regresado con nuevo brío a la discusión sobre las problemáticas latinoamericanas, tomando diferentes vertientes que arrojan otras lecturas para interpretar nuestra realidad. Este libro indaga precisamente sobre esos nuevos despliegues del barroco, sus dinámicas y relecturas en la América Latina del siglo xx y lo que va del xxi.

Para Walter Benjamin, la irrupción del barroco está ligada a momentos de catástrofe, a períodos de redefinición en los que una sociedad debe establecer la manera de poner un freno a las relaciones sociales que la conducen hacia la barbarie. El retorno del barroco en un momento de crisis profunda de las sociedades acontece por el vínculo que la estética barroca mantiene con la modernidad y el capitalismo como procesos civilizatorios. En este sentido, el barroco se presenta como una respuesta/propuesta a los procesos modernizadores. Que una manifestación estética se torne un movimiento de crítica, de resistencia, de creación de utopías, es decir, que se muestre si no como alternativa, por lo menos como elemento catalizador de proyectos que conciban de otra manera la sociedad, no es casual. Esta prefiguración de lo social en el arte se debe precisamente a ese fuerte lazo que puede existir entre estéticas de la resistencia y las utopías. Para algunos, como Aníbal Quijano, esa relación se puede ver en la literatura indigenista de José María Arguedas y en el realismo mágico. Para otros, como

Eduardo Subirats, se presenta en las vanguardias artísticas y el movimiento antropófago brasileño. Nosotros creemos que el Barroco tiene la legitimidad necesaria para mostrarse como parte de esas estéticas de la resistencia que han florecido en América Latina.

Carlos Rincón, en su libro *Mapas y pliegues. Ensayos de cartografía cultural y de lectura del neobarroco*, señala en su momento una serie de desplazamientos que se han dado en la teorización sobre el barroco. Uno de ellos remite a la discusión que encasilló al barroco en un único período histórico, el siglo XVII (Rincón 1996: 213); otro, a la productiva problematización que se dio en Latinoamérica entre la estética barroca y la modelación de identidades nacionales, que se mostró como un principio formal, en algunos casos, y en otros como una ontologización del ser latinoamericano. Poner al barroco como principio formal significa que la barroquidad de las identidades nacionales en América Latina se actualiza en momentos críticos como una afinidad espontánea, lo que lleva a pensar que la identidad no es un elemento estático, sino siempre en devenir.

Asimismo, Rincón señala que hubo cierto retorno del barroco marcado por esa relación que, a fines de los ochenta y parte de los noventa, se estableció entre posmodernidad y barroco (Rincón 1996: 156). Sin embargo, esta línea de discusión se agotó con el cuestionamiento a los discursos posmodernos a finales de ese período. A raíz de esto, el debate en torno al barroco se dirigió hacia las problemáticas que conlleva la modernidad, el capitalismo y los procesos de racionalización que se despliegan para su desarrollo.

La desmesura del barroco produce una constante reinención de él mismo. En este sentido, por más que se le quiera mirar como algo establecido y definido, es imposible hacerlo: el barroco se transfigura en cada una de sus manifestaciones, performando no sólo la palabra misma, *barroco*, sino todo su sentido. Las mutaciones del barroco en neobarroco, ultrabarroco, neobarroso, neobarroso son muestra de ello y han hecho que este movimiento cobre vigencia.

Se han dado varias respuestas a por qué lo barroco ha tenido un regreso importante desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Las explicaciones han sido múltiples y variadas, al grado de que ha sido necesario acotar, acomodar o, al menos, intentar catalogar estas respuestas. Así, por ejemplo, Ignacio Iriarte (2012) propone separar las discusiones sobre el barroco en aquellas que lo toman como un «relato largo» y las que se sostienen sobre la «hipótesis del retorno». Por su cuenta, Bolívar Echeverría encuentra que estas explicaciones también toman dos vertientes:

En la primera el barroco aparece como una de las configuraciones por las que deben pasar las distintas formas culturales en su desenvolvimiento orgánico; como la configuración tardía de las mismas, que se repite así, con un contenido cada vez distinto, en la sucesión de las formas culturales a lo largo de la historia. En la segunda, lo barroco se presenta como un fenómeno específico de la historia cultural moderna. (2013: 11)

Lo que se dirime en la discusión es la posibilidad del barroco como una prolongación, aunque a veces se oculte y quede en latencia, o el barroco como repetición que deja ver algún síntoma cultural. Es decir, el barroco como prolongación latente o como una repetición no absoluta que, paradójicamente, trae lo nuevo.

La discusión sobre el barroco es bastante compleja, quizá porque se ha denominado barroco a una serie de características que se oponen a las medidas de lo clásico. Esta caracterización hace que todo aquello que pueda contrarrestar la idea de clasicismo (o academicismo) quede inmediatamente etiquetado como barroco. Por tal motivo, el término ha sido bastante manoseado y usado sin mucha claridad de lo que se entiende por él.

El barroco ha tenido diferentes formas de recepción a lo largo de la historia. En el ámbito literario, la primera surgió durante el neoclásico, donde el rechazo a los escritores barrocos fue claro. La gran